

VIDAS QUE FRACASAN

El sentimiento de la vida que se acerca a su término, sin haber llegado a convertir, una vez, en cosa que dure, fuerzas que ya no es tiempo de emplear, ¿quién lo ha expresado como Ibsen, ni dónde está como en el desenlace de *Peer Gynt*, que es para mí el zarpo maestro de aquel formidable o blanco?—*Peer Gynt* ha recorrido el mundo, llena la mente de sueños de ambición, pero falta de voluntad para dedicar a alguno de ellos las veras de su alma, y conquistar así la fuerza de personalidad que no perece. Cuando ve su cabeza blanca después de haber aventado el oro de ella en vana agitación, tras de quimeras que se han deshecho como el humo, este prodigio de sí mismo quiere volver al país donde nació.—Camino de la montaña de su aldea, se arrodilla a su paso las hojas caídas de los árboles. "Somos, le dicen, las palabras que debiste pronunciar. Tu silencio tímido nos condena a morir disueltas en el surco". Camino de la montaña de su aldea, se desata la tempestad sobre él: la voz del viento le dice: "Soy la canción que debiste entonar en la vida y no entonaste, por más que, empujada en el fondo de tu corazón, yo esperaba una señal tuya". Camino de la montaña, el rocío que, ya pasada la tempestad, humedece la frente del viajero, le dice: "Soy las lágrimas que debiste llorar y que nunca asomaron a tus ojos: ¡necio si creste que por eso la felicidad sería contigo". Camino de la montaña, dice la yerba que va hollando su pie: "Soy los pensamientos que debieron morar que debieron alentar tu corazón". Y cuando piensa el triste llegar al fin de la jornada, el "Fundidor Supremo",—nombre de la justicia que preside en el mundo a la integridad del orden moral, al modo de la Nemesis antigua,—le detiene para preguntarle dónde están los frutos de su alma, porque aquellas que no rinden tu cabeza; las obras que debieron tomar impulso de tu brazo; los bríos den fruto deben ser refundidos en la inmensa hornaza de todas, y sobre su pasada encarnación debe asentarse el olvido, que es la eternidad de la nada.

¡No es ésta una alegoría propia para hacer paladear por vez primera lo amargo del remordimiento a muchas almas que nunca militaron bajo las banderas del Mal?—*Peer Gynt*! *Peer Gynt*! tú eres legión de legiones.

José Enrique RODO.

SUPREMO OLVIDO

El pobre soñador aún le amaba y le decía así en párrafos íntimos: "Los grandes dolores no se consuelan: se contemplan". Inclinad, pues la cabeza pensativa y gentil y ante la angustia poderosa que me oprime, alejad la frase de imposible consolación que puedan surgir de tus labios y compadecedme sólo: la tristeza es angustia cuando es sentida.

Algo misterioso e inexplicable, tiene la soledad y el abandono de mi corazón—desolado hoy como los cementerios en las noches frías e ineluctables del invierno—algo rudo, algo que me hace sentir desalentado y cansancio prematuro.

Alejados por las intransigencias y los odios de una multitud que nos asechaba para herirnos, con todo seguimos unidos con el pensamiento, unidos con el alma, unidos con el afecto, íntimamente y con eslabones indestructibles que perdurarán a través de los tiempos y de los golpes rítoros de la suerte. Y sin embar-

¿Cuál la causa de este silencio prolongado y respetuoso que se hace en torno de mi pena? Quien sabe. Vaporosamente y en romántico desfilé surgen los contornos de la silueta gentil, tu pose seductora perdiéndose entre el claro-oscuro de la tarde que agoniza, el chasquido de los besos, con que ofendíamos al Dios Amor, los juramentos nerviosos e inmutables, y después... Ah, después, la soledad sombría y el desfallecer de la esperanza; el sentir lo rudo y desigual que es el combate entablado con la existencia sin tener el poder misericordioso e invencible de una vozecita dulce que dé valor y grite adelante...

Y ella alegre, sonriente, en comunión eterna con la juventud y la belleza leña sin que se despertase el afecto profundo de los tiempos pasados porque esas ilusiones ya habían muerto. Mario de PONTMERCY.

EN EL PATIO

La italiana huída que vive en los altos está enferma en cama....

—¿Qué tiene?

—No sé....

—El marido pasa muchos sobresaltos....

—Déjelo al marido que él sabe el por qué....

—¿Ahí va una señora con una valija?

—Esa es la partera....

—¿Nena, qué dices?

(Y responde un pibe que es un lagartija)

¡Zas!... ¡Otro pebete comprado!

Felipe H. Fernández.

DEL LIBRO INEDITO "EL LAUD EN EL VALLE"

RIMA

Nunca ha de ser Amor el que encontremos, después de que la vida revolvanos, de tanto rebuscar!...

Amor será el que en vano rebusquemos, el fantasma del sueño que encontramos un día sin desear!

TU CABELLERA

Tu cabellera tiene más años que mi pena. Pero sus ondas negras aún no han hecho espuma... Y tu mirada es buena para quitar la bruma Y tu palabra es música que al corazón serena.

Tu mano fina y larga de Belkis, me enagena Como un libro de versos de una elegancia suma. La magia de tu nombre como una flor perfuma Y tu brazo es un brazo de lira o de sirena.

Tienes una apacible blancura de camelia, Ese color tan tuyo que me recuerda a Ofelia, La princesa romántica en el poema inglés.

Y a tu corazón de oro... de la melancolía, La mano del bohemio permite, amiga mía, Que arroje algunas flores humildes a tus pies.

Humberto FIERRO.

EL SUEÑO DE PAN

Para el doctor Falquez Ampuero, el último de los Parnasianos que revive los mitos de la Edad Luminosa, y se conserva fiel a la marioneta tradición de Heredia, en nuestra Lirica.

El viejo Pan dormita su reposada siesta cabe una añosa encina de la selva fragante; las cigarras le arrullan en melódica orquesta y a lo lejos suspira el caramillo errante.

Al Fauno le ha venido la saturnalia fiesta en que curvó desnuda a una roja bacante, y aun impregna de efusivos sensuales la floresta el aliento que escapa de su pecho jadeante.

Sueña el hombre bicorne, que de luchas rendido, una ronda de ninfas sorprendió dormido y aserraron sus cuernos en unánime coro...

Y turbado por esa pesadilla se exhalan de su cuerpo sollozos, mientras lentas resbalan por su rostro de bronce dos lágrimas de oro!

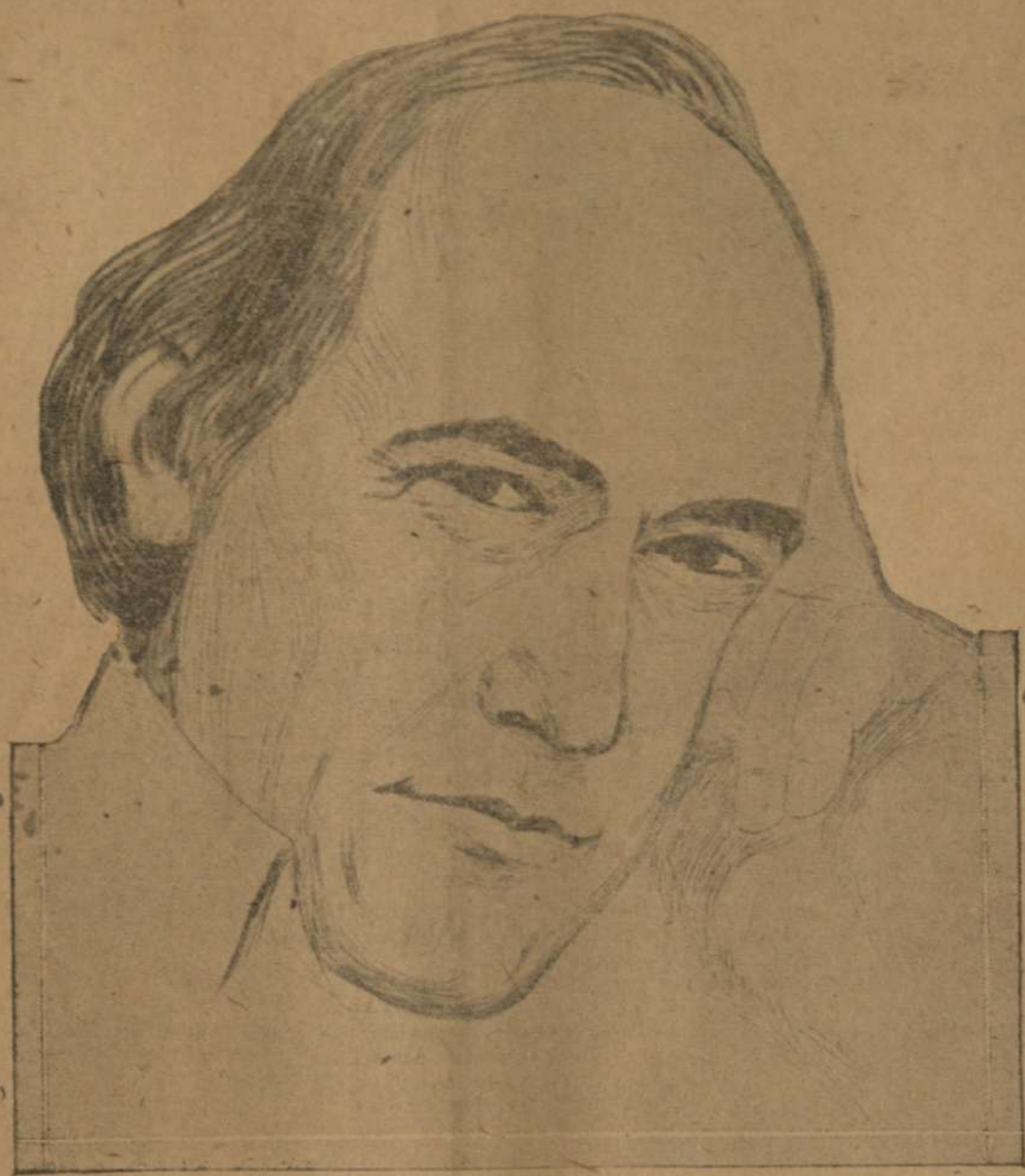
J. A. Falconi VILLAGOMEZ.

ANDRE GIDE

Tenemos el honor y el orgullo de revelar al admirable autor de LAPORTE ETROITE, uno de los primeros escritores de Francia y el amador del más interesante grupo de juventud literaria. Su vida misma, sin las desfachadas premuras de otros, sin los arivismos habituales, puede servirnos de ejemplo. Para nosotros los americanos que pecamos de redundancia y de vaciedad interior, será muy útil enseñanza su prosa sobria y cargada de pensamiento.

No nos contentaremos con esta larga traducción de fragmentos escogidos que con permiso del autor publicamos hoy, sino que volveremos frecuentemente a traducirlo, para crear en nuestra patria, tan mal dirigida en sus admiraciones, una fuerte y nueva influencia.

(De la Revista de América).



GRABADO DEL GRAN ARTISTA DON RAPHAEL SCHWARTZ TOMADO DEL ALBUM "QUELQUES HOMMES"

Hacia 1895, cuando reinaba el narcisismo triste y encastillado de Barrés, debieron desenterrar las primeras obras de este monarca y sobre todo sus *Nourritures Terrestres* (1897). He aquí un diario apasionado, anti-intelectualista, joven, bárbaro. Todas las premisas de una actual generación afirmativa y entusiasta, parecen allí en síntesis. Si no le veis discípulos confesados a André Gide, es porque cree como Emerson que no debe hacerlos el buen maestro. "Yo no sé guiar a mí mismo; ¿a quién voy a guiar?"

No es un estudio este, sino dispersas notas. Para el lector de América, un resumen y como una invitación a admirar.

En páginas fraternalmente comprensivas sobre Oscar Wilde nos cuenta a Gide que el trágico poeta le dijo una vez al despedirse:

—He leído sus *Nourritures Terrestres*. Está bien, está muy bien; pero prométeme dear, que nunca más escribiré "yo".

Y como la frase pareciera algo oscura, agregó:

—Mire, dear, en arte no hay primera persona.

Era la opinión de un discípulo de Flaubert, pero una errada comprensión del talento de su amigo. Gide pertenece a la familia de los que deben siempre escribir la palabra yo. ¿Cómo exigir la famosa impersonalidad de la obra de arte, nunca bien obtenida ni posible, a este asombrado espectador que se confiesa en cada página, a este poeta delirante? Ha renunciado de tal manera al artificio que casi nunca compone en emoción en ordenados capítulos, sino traza las sucesivas sensaciones en su diario: astringencia de una granada, contacto de los pies desnudos sobre la arena, dulzura sensual del agua. Más que un libro de poesía parece un documento. Diríase una curva lírica semejante a la que señala oscilaciones de la tierra en los observatorios. Hay minutos de emoción que sólo dejaron un trazo elíptico en la página, horas de sonámbula atención al sonoro desvelo de un ave o a la gracia de un niño árabe en las calles de Biskra.

El alma allí reflejada es ávida, cambiante, en perpetua fermentación de deseos, hostil a todo reposo de certidumbre, huraña como la del místico. He aquí algunas enseñanzas de este libro en donde ya estallan las saviyas de la futura obra:

- 1o. "Asumir lo más posible de humanidad".
- 2o. Gozar ávidamente de toda cosa, sin apegarse a ninguna.
- 3o. Buscar siempre—porque el

perpetuo deseo es embriaguez—una felicidad mejor y más lejana: aspiración indefinida que llamaban los místicos el anhelo de Dios.

"Asumir lo más posible de humanidad"—fórmula expresa de Gide—equivale a pasar por el mundo la curiosidad de dos ojos nuevos que miran bien, de una alma exigente, infatigable, siempre de paso en toda tierra. Apegarse, arraigarse como los otros hombres es envejecer para este mundo. Interminablemente viajará por lejanos países, por toda idea. No será el viaje de Barrés para confrontarse con el recuerdo de otros peregrinos y enriquecer su Loretta interior; ni el de Loti para, en cada paisaje, sentirse magníficamente morir. Será la adopción ardiente de un sensual que tiene premura de comer todas las manzanas de todos los paraísos. Después de Baudelaire nadie ha sentido tan patéticamente esa necesidad de estar allí. Ante Gide oscilaron siempre aquellos barcos dont l'humeur est vagabonde. En el admirable *Regreso del Hijo Pródigo* nos hará sentir más tarde, ese prurito de descubrir la vida, aun cuando sea al precio de mil dolores, en vez de quedar al abrigo de la casa paterna.

No apegarse, pues, a ninguna alegría terrestre, no confinarse en ninguna voluptuosidad, pero sin el desprecio de los místicos a este "valle de lágrimas", deteniéndose por el contrario a beber en sus fuentes y en sus villas. "Aparejarse cada día a morir" decía Kempis. Aparejarse cada día a vivir, diría él. ¿Con qué voraz ardor pero también con qué profundo recelo de esclavizarse a este goce transitorio! De dos de sus personajes dice: "Imagínate la actitud que rechaza aun lo que quisieran abrazar, por el temor de poseer". Y en uno de sus libros primigenios hablaba de la amarga dulzura del instante en que se está cerca de la felicidad, en que va a alcanzarla y que se pasa adelante. ¿No veis aquí la explicación de aquella admirable frase de santa Teresa: "Cuando el alma llega a la fuente ya está harta"?

De los *Nourritures Terrestres* a *La Porte Etroite*, su último libro, Gide es el mismo lírico personal pero asumiendo la forma literaria menos directa de la novela o el drama. En la seguridad voluntaria, en la desnuda concepción de su prosa, continúa latiendo la exacerbada pasión de Constant o de Fromentin. Expresar una violencia italiana en un estilo de código civil era todo el encanto de Henry Beyle. Mas aquí, no lo olvidemos, hay un poeta reprimido y el estilo nunca tiene la estridencia

de *Le Rouge et le Noir*, sino las más misteriosas cadencias.

Al monólogo, al diario, a la poesía confidencial suceden la novela (*L'Immoraliste*, *La Porte Etroite*, *Angèle*), el drama (*Saül*, *Le Roi Candale*), la crítica (*Prétextes Nouveaux*, *Prétextes*). "Con nosotros mismos disintimos, el diálogo a pesar nuestro se establece. Y naturalmente se dispone en drama o en novela". Esta será una discusión de postulados de la vida interior, pero un humano y doloroso problema si supo dar el auge ciertos dramas de Ibsen sino son ciertos dramas de Ibsen sino desdoblamientos? Remón inventó dramas filosóficos para expresar mejor las alternativas de su pensamiento. "Nuestros libros—dice Gide en el prefacio de *La Tentative Amoureuse*—no habrán sido el relato muy verídico de nosotros mismos, sino más bien nuestros plañideros deseos, el anhelo de otras vidas para siempre prohibidas, de todos los gestos imposibles".

Es un problema interior *El Immoraliste* y es un problema interior *La Puerta Estrecha*, lo que no quiere decir que sean confesiones. En el primero se cuenta la historia del hombre intelectualista, libresco, que descubre la vida al convalecer y desde entonces se libera de obstáculos, de morales, en su frenética aspiración a vivir. En *Alissa de La Porte Etroite* podemos reconocer ese anhelo de Gide que pasaba junto a la ventura como huyendo. Alissa va siempre en busca de una perfectible y cruel quimera que no es siquiera Dios.

El "immoralista" es el hombre que se libera, un doctor Fausto joven, pero envejecido por libros, cohibido por las morales. ¿Ah, ser un buen animal, expandir su instinto libremente, vivir!

"Triste educación la nuestra, decía Gide en *L'Enfant Progre*, que nos hizo presenciar sollozante y desolada o solitaria y morosa a la voluptuosidad que es sin embargo gloriosa y serena". El drama del immoralista es el conflicto de dos morales. Ante su esposa que representa un pasado apacible y religioso, su esposa que está muriendo lentamente, será a veces el cristiano que consuela, pero casi siempre con terror, con amargura, el pagano que se libera. El va a la alegría, la quiere conquistar aunque sea al precio de una vida. Como el Gerardo de Juan Gabriel Borkman, grita: "Vivir, quiero vivir!" Su viaje a tierras de África en donde "la planta humana", como diría Taine, crece vivaz y sin obstáculos, obedece al mismo

deseo de libertad. Quiere experimentar, todo hasta el vicio. "El vicio y la virtud, decía aquel maestro, son productos naturales". Aquí se va más lejos: se observa que el "producto" vicio es el más interesante.

¿Acusaremos al autor de immoralismo? ¡Torpe crítica! El sólo quiere exhibir la linda franqueza del instinto sin trabas. La realidad para Gide no es buena o mala sino hermosa o fea. ¿El arte por el arte? Mejor sería decir "la vida por la vida".

Pero los espíritus acostumbrados a las clasificaciones, los que pretenden encerrar a cada hombre en una fórmula, siempre le pedirán una moraleja. Su punto de vista desorienta. "La cuestión moral para el artista no consiste en que la idea que manifieste sea más o menos moral, la cuestión consiste en que la manifieste bien". Le han visto además despojarse de innumerables opiniones. "El espíritu construye su habitación y en seguida la habitación encierra al espíritu". Este temor expresado en la frase de Emerson lo ha sentido Gide con cada idea. Como Nietzsche y como Wilde, desdén el reposo de la certidumbre.

Naturalmente este individualista tendrá la aversión más radical a la multitud que conserva por ciertas ideas un respeto heredado y sin análisis. "Odio a la muchedumbre", dice él. "Simpatizar con la multitud es decaer". Es, pues, de la raza de Wilde y de Nietzsche. Con sutileza cuenta Gide cómo su calidad de protestante lo disponía a amar a Nietzsche, pues el protestantismo es un libre examen indefinido, el temor a un credo inmóvil; y hubo siempre en el filósofo alemán antipatía "a la moral del rumiante y a la esposa felicidad de una buena conciencia".

Como él, Gide ha conquistado su alegría. Cuando leemos la biografía del germano terrible, más que los rumbos extraños de esa agitada vida y su audacia de navegante en los "mares incógnitos" de la metafísica y su franqueza cruenta y aquel final naufragio que parece un castigo divino nos conmueve y asombra su explosiva alegría en medio a crueles congojas y esa confianza heroica en la vida que le hacía dictar himnos desde la alcohólica oscura en que remía, casi ciego.

Prédicadores de mala ventura habían habituado a un pesimismo que no es digno de los poetas. Acusar a la vida es fácil, tan fácil como vivir en una quieta beatitud de burrués. Mas hay nobleza en no de-

esperar. Y quienes después de haber hecho, como Urien, el viaje de la juventud por las ideas y el amor, volvieron del naufragio con una ruina de olivo, parecen más dignos y la calidad moral mejor que tantos autores de Eclesiastés egoístas.

Por esto, por su continua novedad, por esta abundancia de corazón optimista, creo que nunca llegará a la calecinada sequedad de Barrés. La analogía de estos dos autores de conciencia de generaciones diferentes, fue sólo real en los comienzos. Ambos tuvieron una "pasión inquieta" y de *Sous l'œil des Barbares* o del *Voyage d'Urien*, esos y misteriosamente cadentes, pasaron a una literatura concentrada y húmeda. Mas ¡qué diverso es el viaje! Difícil sería reconocer al adolescente afeitado y lúcido del "o del yo" en este repetidor solitario y a veces armonioso todavía, la idea de tradición arraigada en las tumbas. Parece un contemporáneo de Chateaubriand y nos llama al visitar el Panteón, no ver su tumba. En cambio ¡qué maduro estudiante y colmada la de Gide! Este no enmohece con las ideas. Las estruja, las sorbe y arroja lejos a cáscara como hizo con esas grandezas de Amintas que le dejaron en los labios un gusto dulceamoro.

Mil formas nuevas de arte, todas las emociones, esperan a este pibe. Por esto no podemos prever su obra futura. De la misma obra pasada, no podría decir que lo sabido expresar la volátil esencia. ¿Es André Gide copio o lo cuenta? No lo he deformado al reflejarlo en un espíritu? Leído—será la mejor crítica—quienes seguirán en estas páginas nuestro desvelamiento moroso, llados de cada día y estoy seguro de que en seguida amaréis su obra. Ninguna más rica, más moderna, ninguna en que junten más platinicamente los dones habitualmente separados de pensador y lírico. Y a quienes no gustáis de derroteros fijos, no del "perpetuo hallazgo" del poeta, os seducirá la novela de esta alma equilibrada pero oscilante hacia consigo misma; pero imprevista. Os parecerá comparable en su variedad a las cosas siempre iguales y diferentes como la nube y la lluvia; os parecerá semejante su anhelo a esas flechas de nuestros indios que, dirigidas siempre a la altura azul, curvan súbitamente a abrir el corazón de un ave incógnita, o a quedar temblando en la más alta cima del bosque.

Ventura García CALDEBON.

LA ENCRUCIJADA

Tres caminos distintos. ¿Por cuál ir? En el uno, oculta en el recodo, distingo una Hostería —música, pan, buen vino—; ved, en el césped húmedo, la luz de su farola que, como un ojo, guía....

Tendremos lecho suave. Pero no habrá agua fresca. Y yo quiero llenar mi antiguo odre de cuero. Tomemos los oscuros caminales que llevan a la campaña: hierba mojada y olmo viejo.

Porque la vaga música de la georgica es mía y siento la dulzura del alma de los campos, quiero dormir—¡amigos!—oyendo el agua mística y el caer de los frutos pesados.

Jorge CARRERA ANDRADE.

DEL SENTIR

Para Medardo Angel Silva.

LA FLAUTA DE ONIX

Sentir como el perfume de las cosas ya idas: que se prolonga el eco de la fuente callada, que se pierden las rosas y las hojas caídas y se esfuma el instante de la aurora apagada.

La vida va quedando en el camino largo, de la vendimia loca la rosa deshojada, la Evocación sincera para el minuto amargo y nuestra muy ingenua sonrisa perfumada....

El corazón se duerme en la sombra. El furtivo instante del silencio prolonga el emotivo soñar. Mientras las horas pasan en ronda vaga.

El corazón se duerme. (Hay la rapsodia añeja de la fuente mármol de agua enturbiada y vieja). Y la flauta de onix e los labios se apaga....

EL VINO LÍRICO

Miras? La vid da uvas de sangre roja y plena; exprime, muy hermana—su jugo cristalino, y luego, poco a poco, deja el ánfora llena con la sangre abundosa del rubicundo vino.

Mezcla, luego esa sangre con la gota que fluye y cae lentamente del fondo de mi herida.... Tendrás el vino lírico.—El minuto que huye nos va dando la loca vendimia de la vida.—

En los labios, el canto juvenil y armonioso, en el ánfora el vino lírico y abundoso irán alimentando la utopía dorada....

Miras? La vid da uvas de sangre roja y plena Exprime tú el jugo; está el ánfora llena.... —Dejemos que nos beba la tarde, ya apagada.—

Augusto ARIAS E.